

iconográfico, la copa de «ojos», el origen de la tragedia y el establecimiento de iniciaciones báquicas y mistericas en la Atenas de los Pisistrátidas. Estas últimas que normalmente se hacen coincidir con el desarrollo del orfismo en la ciudad, con la figura de Onomácritos, se resalta como un producto propio también de la *polis* y como un fenómeno central y no marginal dentro del mundo griego. La felicidad dionisiaca, en definitiva, implica una transformación o una metamorfosis, tanto femenina como masculina (ésta en el contexto del simposio a través del vino y de la sexualidad) y por tanto una «muerte», aspecto que se enfatiza en la iniciación misterica de encuentro con las divinidades subterráneas con las que sirve de intermediario Dioniso.

La obra, que finaliza con un capítulo de síntesis y conclusiones útil, constituye un análisis importante del papel central de Dioniso en la *polis* arcaica, a través del estudio minucioso y detallado de la iconografía que de nuevo se revela, como se ha venido constatando en estos últimos años, como una fuente esencial para acercarse a la historia de la religión griega en la Antigüedad.

Miriam Valdés Guía

CARDETE DEL OLMO, María Cruz: *Paisajes mentales y religiosos. La frontera suroeste arcadia en épocas arcaica y clásica*. Oxford: British Archaeological Reports, 2005, 242 pp. ISBN: 1-84171-701-0.

La presente obra tiene como base la tesis doctoral defendida por María Cruz Cardete del Olmo, dirigida por Ricardo Olmos Romera, profesor de investigación del Instituto de Historia del CSIC, y Domingo Plácido Suárez, catedrático de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid.

El estudio pretende profundizar en el entramado arcadio, centrándose concretamente en la frontera suroeste, es decir, el

área de Figalía y la Parrasia, desde puntos de vista distintos a los que tradicionalmente se le han aplicado. Cronológicamente la obra abarca, como su título indica, desde la época arcaica a la época clásica, siendo el sujeto de estudio los «paisajes mentales y religiosos», a los que se aproxima desde la Arqueología del Paisaje, entendiendo el paisaje como algo vivo, en perpetuo cambio y evolución, reflejo y parte de una sociedad que lo construye como seña de identidad sin la cual no podría definirse.

Después de una introducción de carácter teórico y metodológico (pp. 1-9), la autora nos presenta la imagen que de Arcadia se ha tenido a lo largo del tiempo (pp. 11-28), pues no es solamente la Arcadia material, sino también el símbolo de la exuberancia sensual en la que los propios griegos convirtieron, en época antigua, a esta región central de Peloponeso. Arcadia es la de Teócrito, la de Virgilio, la del simbolismo cristiano del *Pastor de Hermas*, la Arcadia feliz de Lucrecia Marinella, el mundo idílico perfecto para recibir al emperador del mundo, la de la Academia italiana, y la de Goethe y los románticos que la convierten en un referente vital y tienen como grito de libertad ideal el *Et in Arcadia ego!*

Pero el choque de la Arcadia feliz y la Arcadia material era inevitable cuando a finales del siglo XIX y principios del siglo XX los viajes se hicieron más frecuentes, creándose entonces un nuevo tópico que potenciaría el salvajismo, deconstruyendo el mito a través de otro igualmente fantástico, el de las gentes incultas, analfabetas y rudas que viven entre ovejas como si formaran parte del rebaño.

Con los estudios de Jost en 1985 se demostraría que la información sobre Arcadia era más que suficiente para realizar un estudio serio, produciéndose, en los años 90 una revitalización gracias al interés de las escuelas e institutos nórdicos que han sabido adentrarse en una renovación metodológica

que les ha llevado a configurar un equipo de trabajo interdisciplinar.

En el tercer capítulo (pp. 29-74) Cardete del Olmo analiza los paisajes políticos de la frontera suroeste arcadia, entendiendo por paisaje político la forma en que una sociedad construye el paisaje. La autora se adentra en el concepto de frontera y en la articulación de la polis y sus implicaciones en cuanto a la conformación de un territorio de ella dependiente, en la que trabajaba y vivía la mayoría de la población arcadia.

Tanto Figalía como la Parrasia vivieron bajo el temor de la amenaza espartana, de la amenaza tegeata, de la amenaza mantinea y, a partir de 370, bajo la amenaza megalopolitana. Las élites se encargarían de aprovechar ese miedo, e incluso de potenciarlo, para que transformara el paisaje en su provecho, incidiendo deliberadamente en su arcaísmo, monumentalizándolo y reconstruyéndolo en un intento de concebirse poderosos frente a los enemigos que el propio temor fortalecía. La construcción de santuarios extraurbanos es una marca del cambio que alerta sobre la articulación de sociedades complejas, jerarquizadas y estatales. Cada una con sus peculiaridades y características, que no por diversas son menos significativas. La autora rompe con el tópico de que la polis arcadia se desarrolló tardíamente respecto al resto de la Grecia continental, hacia finales del siglo vi o incluso principios del siglo v, y hace también una revisión de la problemática historiográfica de la etnicidad arcadia, cuestionando que pueda hablarse de una construcción étnica en Arcadia, pues ni siquiera existió un centro de poder hasta la fundación de Megalópolis, cuyo proyecto de construir una identidad arcadia no llegó a triunfar.

Los capítulos 4 y 5 (pp. 75-132 y 133-206) constituyen el núcleo central de la obra, analizando sistemáticamente el territorio figalio y el territorio parrasio respectivamente.

En el caso de Figalía, como demuestra María Cruz Cardete del Olmo, sí puede hablarse de organización estatal, pues aunque su desarrollo no sea comparable al de Atenas, ésta no tiene por qué ser tomada como «el modelo» sino como «la excepción» más sobresaliente del mundo griego. Al complejo Basas-Cotilo, ya analizado brillantemente por la autora en el volumen 21, 2003 de *Studia Historica, Historia Antigua* añade el estudio del santuario arcaizante de Eurínome y la cueva de la Deméter Malena.

Diferente es el caso de Parrasia, en el que sería la propia tribu parrasia la que funcionaría como estado o polis. El Liceo, núcleo cultural de la comunidad y cuna del conservadurismo religioso parrasio, no necesitaba ser monumentalizado, pues el monte sagrado estaba situado en un punto estratégico; su sola presencia muda inspiraba terror. La percepción construía así la sacralidad sin necesidad de elementos artificiosos. Los dirigentes de Megalópolis fueron conscientes de que debían presentar el cambio bajo los ropajes de continuidad.

En el apartado de conclusiones (pp. 206-211) la autora hace una recapitulación de los resultados obtenidos a lo largo de su exhaustiva investigación.

La obra incluye una extensa bibliografía, y cada uno de los capítulos viene acompañado de cuidados mapas e imágenes.

*Paisajes mentales y religiosos. La frontera suroeste arcadia en épocas arcaica y clásica* se trata de una obra seria y muy rigurosa metodológicamente, que revisa los posicionamientos tradicionales presentando un nuevo y necesario enfoque del territorio arcadio, convirtiéndose en una obra imprescindible para los historiadores interesados en el estudio de esta región que tan profundamente ha influido en el imaginario occidental desde la antigüedad hasta nuestros días.

Iván Pérez Miranda